

Carta para Rodrigo, José Antonio y Javier: siempre en nuestro recuerdo

Queridos Rodrigo, José y Javier: me dirigiré a vosotros en presente, porque vuestro ejemplo os mantendrá siempre vivos en nuestro recuerdo.

Vestimos un uniforme compuesto de **la tela más simple y el escudo más glorioso**. Ese escudo que un buen día muchos soñamos con portar en nuestro pecho. Después de esfuerzos, sacrificios y nervios, algunos privilegiados como vosotros y yo pudimos conseguirlo. Entre nosotros nos llamamos “compañeros”.



Mis compañeros Rodrigo, José Antonio y Javier

Todos los “compañeros” que durante estos años llegamos en una fría mañana a la Academia de Ávila fuimos recibidos en la puerta por cuatro palabras: **servicio, dignidad, entrega y lealtad**. ¿Sólo palabras? Ayer demostrasteis que no, que son algo más que un lema y que calan hondo en la mente y el alma de los que entendemos esta profesión como algo más que un sueldo a final de mes.

En esta bendita empresa en la que se pueden desempeñar tantas y tantas funciones, vosotros realizabais hasta ayer (hoy hacéis la función de Ángeles Custodios) la que para mí y para muchos es la más bonita, difícil e incomprensible: estar a pie de calle atendiendo al ciudadano allá donde lo requiere, haciendo de todo, desde lo más sencillo a lo más complejo, y todo bien. Truncasteis robos, disolvisteis peleas, consolasteis a la familia de un fallecido, indicasteis calles, evitasteis hurtos, auxiliasteis a accidentados, incautasteis droga... **¡Y SALVASTEIS VIDAS!** Y todo ello, tomando decisiones en décimas de segundo.

Por si esto fuera poco, a menudo os topasteis con la cara menos amable de esos ciudadanos a los que defendéis sin miramientos. Ayer mismo, seguramente entrasteis en un bar a tomar un café al inicio del servicio. Y seguramente alguien os vio y pensó: “míralos, que bien viven, de servicio y en el bar”. Lo que no sabe es que trabajáis **10 horas de noche**, después de haber patrullado otras tantas durante la mañana de ese mismo día y casi las mismas horas en la tarde anterior. Y todo ello conduciendo un vehículo, a veces a toda prisa, y estando alerta de todo lo que ocurría a vuestro alrededor.

Es muy probable que también provocaseis la envidia de alguien que, al veros pasar en vuestro coche-patrulla masculinase: “menudo chollo, todo el día sentados en el coche, dando paseos, y cobrando por eso”. Lo que no sabe ese alguien es que en unos segundos pasabais **de estar sentados en el coche a correr** detrás de un delincuente que había robado un bolso a una mujer que podía ser su abuela, madre o hermana; que vuestros “paseos” disuadían a los delincuentes de, por ejemplo, robar en su coche, y que cada vez que salíais al servicio vuestras madres y esposas no sabían si volverían a veros, y ese riesgo inherente a esta profesión **no se paga ni con el mayor de los sueldos**, y menos aún con los mil y algo euros que vosotros cobrabais. A pesar de todo esto, servíais a esos ciudadanos y al resto, y lo hacíais **convencidos y con vocación**.

Ayer, como tantas otras veces, atendisteis un aviso, llegasteis al lugar y, **en décimas de segundo** os visteis obligados a tomar una decisión: había que actuar, no había tiempo para más. Daban igual las circunstancias, el por qué esos chicos estaban en el agua. Si eran unos imprudentes o víctimas de un accidente fortuito. Esa no era la cuestión. La prioridad era sacarlos de allí, **arrebatarlos al mar** embravecido, que mostraba su peor cara y amenazaba con devorar sus vidas.

Sabedores de lo arduo de la tarea y de que el buen fin de la misma sólo podía **lograrse en equipo**, llevasteis la palabra “compañeros” a su máxima expresión, **sumasteis las fuerzas de vuestros brazos**, os lanzasteis al agua y construisteis una cadena que **salvó la vida a un joven de veintipocos años**. Pero el mar, dolido en su orgullo, fue cruel y quiso vengarse de quien le había plantado cara. Lanzó **la más brava de sus olas** contra vosotros, no os dio opción de rescatar al otro joven, y se dio por vencedor vanagloriándose de su victoria, a pesar de conseguirla en una **lucha desigual**.

Podía pasar, vosotros lo sabíais. Y a pesar de ello, no dudasteis en actuar y pelear. Otros muchos hubieran visto morir a aquellos jóvenes antes que aventurarse a ser pasto de las olas, pero vosotros... **VOSOTROS SOIS POLICÍAS**. Cumplisteis con vuestra obligación y cometido hasta sus últimas consecuencias, **sin esperar recompensas** ni nada a cambio. Porque un policía debe hacer lo correcto, e intentar salvar aquellas vidas lo era, aunque el precio fuese la vuestra propia. Y si había que morir, ¿podía ser de una forma mejor? Juntos, hermanados por los brazos, **simbolizando la unión hasta en el momento de caer**, porque nunca dejaríais solo a un compañero.

No puedo llorar, porque más aun que la enorme tristeza por perderos, me pesa la alegría por la tremenda **lección de sacrificio y humanidad** que nos habéis dado. **¡Gracias!** Por enaltecer el nombre y la imagen de esta profesión a la que tantos queremos tanto, por ser mis compañeros, y porque **vuestro ejemplo** y espíritu **perdurará en tantos otros policías que velarán por mí y por los míos**.

Vayan para vosotros y vuestras familias mi abrazo y mi orgullo por contar con gente como vosotros entre mis compañeros.

Policía José Antonio Villamor Vázquez
Policía Javier López López
Oficial de Policía Rodrigo Maseda Lozan

D.E.P.